

Reseña

William Callison y Zachary Manfredi, editores

Neoliberalismo mutante. Gobierno del mercado y ruptura política

1ª edición. C.A.B.A. Prometeo editorial, 2024. 326 págs. Sin mención de traductor/a.
ISBN 978-987-8267-71-5

Reseña de Valentina Pérez Padilla
Universidad de Buenos Aires

Del mismo modo que el capitalismo reconoce una variedad de manifestaciones de acuerdo a momentos, circunstancias, estrategias, sesgos culturales –piénsese sin ir más lejos en los “modelos” anglosajón, renano, asiático– y a los efectos de su desenvolvimiento mismo (de importancia planteada por la tesis de la *path dependency*), el neoliberalismo posee sus propias diferencias internas. Estas variaciones no siempre son reconocidas en la bibliografía, los medios y la cátedra, reiterando el mismo sesgo homogeneizador aplicado, con intereses variados, a otros ámbitos de la problemática socioeconómica y política, desconociendo las diferencias específicas que usualmente existen dentro de una indudable comunidad genérica. El bosque no deja ver la variedad de árboles que lo componen.

El libro organizado por William Callison y Zachary Manfredi reúne un importante grupo de especialistas cuyos textos convergen en poner de relieve las manifestaciones del neoliberalismo en sus respectivos campos de especialización, especificidades que en conjunto expresan la persistencia dinámica de lo que, de manera prematura, se ha afirmado su

muerte –apresuramiento que el sociólogo Colin Crouch denominó, irónicamente, la “extraña no muerte del neoliberalismo”.

El volumen comienza con un texto en el que los compiladores identifican las principales corrientes internas del neoliberalismo: la Escuela Austríaca de Hayek sobre la dinámica del mercado, “en la que el intercambio es superior a la ‘ingeniería social’ cargada de valores”; la escuela de Friburgo de Walter Eucken, Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow, fundadores del “ordoliberalismo”, que plantean el ideal de un “estado fuerte” y que prescriben una cierta clase de gobernantes que vigile “el orden del mercado competitivo” –enfoque posteriormente asociado a la economía social de mercado y a las reformas económicas y monetarias impulsadas en Alemania occidental por Ludwig Erhard en la inmediata segunda posguerra (1948); la escuela de Chicago de Milton Friedman, para quien cualquier forma de intervención estatal produce peores resultados y atenta contra la libertad individual; James Buchanan y la escuela de Virginia que sostiene que todos los funcionarios de gobierno utilizan el poder con fines egoístas, son ineficientes y despilfarradores y proclives a la corrupción, por lo que se requieren limitaciones constitucionales estrictas a sus desempeños; la “Escuela de Ginebra” –denominación propuesta por Quinn Slobodian– de diseño institucional internacional para fijar políticas favorables al mercado y “delimitar legalmente la soberanía del Estado sobre los flujos de capital (págs. 16–18). Todas estas corrientes tienen como elemento común diferencias por derecha” y “por izquierda” del liberalismo tradicional o convencional del siglo XIX: por “derecha” porque directamente cuestionaban al Estado y a la democracia como un males en sí mismos, contrariamente a lo que mostraba el decisivo involucramiento estatal en el desarrollo del capitalismo en la segunda mitad de aquel siglo, “por izquierda”, porque postulaban un control estatal ejercido por especialistas técnicos que garantizaran la preservación del equilibrio y la legitimación del sistema político-económico. Por encima de sus diferencias, todas estas teorías coinciden en su orientación fuertemente normativa y su desconfianza o radical oposición a la democracia política, abonando diferentes pero emparentadas versiones de una política autoritaria.

Sin reducir la importancia que tuvieron los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en la conversión de estas teorías en ejercicios efectivos de estrategia político-económica, Callison y Manfredi afirman que el enraizamiento profundo del neoliberalismo y su instalación en la opinión de grandes sectores de la población y como manera canónica de concebir al capitalismo, ocurrió a través de los gobiernos de Bill Clinton y el Partido Demócrata en Estados Unidos (1993–2001), de Tony Blair con el *New Labour Party* y la “tercera vía” (1997–2007) en el Reino Unido, y Gerhard Schroeder y el Partido Social Demócrata en Alemania (1998–2005). En el terreno propiamente académico, este movimiento de la política fue acompañado incluso precedido por una variedad de enfoques que, a lo largo de la era de la “guerra fría” se alejaron en sus análisis de las teorías del estado, la economía política y más en general del capitalismo como encuadramiento estructural de unas y otras.

De acuerdo a los organizadores del volumen existen tres enfoques principales para teorizar el neoliberalismo: marxismo, Foucault, antropológico (o “situado”), y sus inevitables entrecruzamientos y endeudamientos recíprocos). Para la teoría marxista o las derivadas de ella (*postmarxismo*) el neoliberalismo es la fase más reciente del capitalismo, una etapa o fase distinta dentro de un arco histórico más amplio de expansión capitalista, que sigue operando a través de la acumulación del capital, la maximización de ganancias, la dominación de clase, la extracción de plusvalía y los procesos entrelazados de explotación, alienación y mistificación ideológica. Para la visión foucaultiana el carácter disperso de la racionalidad política del neoliberalismo, sus patrones discursivos cambiantes y sus formas características de gubernamentalidad son técnicas indirectas de gobierno articuladas tanto a través como más allá del Estado. El neoliberalismo realmente existente es una reconfiguración discursiva del Estado, la economía y la subjetividad –la resignificación del *homo oeconomicus* como “capital humano”. El enfoque situado o antropológico es un híbrido de los anteriores, en cuanto presta atención a las transformaciones en la estructura económica y en los escenarios internacionales, al tiempo que muestra mayor sintonía con las historias regionales y los contextos locales, el conocimiento tácito y las prácticas heredadas.

Comoquiera se lo conceptualice, el neoliberalismo es mucho más que un esquema político-económico; invade todas las dimensiones de la vida humana. La pregunta que formulan (pág. 15) :

“Cómo se cruzan los programas de reforma institucional del pasado -como la privatización, la mercantilización y la austeridad- con las agendas ascendentes de los proyectos racistas y etnonacionalistas? ¿Qué nuevas formas de identidad individual y colectiva se producen cuando las lógicas xenófobas y libertarias se vinculan?” abre las puertas del libro a los capítulos que le siguen.

Para Wendy Brown el neoliberalismo es “un proyecto destinado a proteger las jerarquías tradicionales negando lo social como dominio de la justicia y restringiendo radicalmente las reivindicaciones democráticas de los Estados” (54); el ataque neoliberal a lo social es clave para generar una *cultura antidemocrática desde abajo*, al tiempo que se construyen y legitiman *formas antidemocráticas de poder estatal desde arriba*. La sinergia entre una y otra implica que “una ciudadanía cada vez más antidemocrática está cada vez más dispuesta a aceptar un Estado antidemocrático” (58). El Estado se ha politizado abiertamente como un instrumento al servicio del gran capital y, al mismo tiempo, se ha desvinculado de la representatividad democrática, la responsabilidad y el bien común” (64).

El capítulo de Sören Brandes discute la construcción friedmaniana de un “pueblo del mercado” y la invención del “populismo neoliberal” practicado de manera pionera por

Margaret Thatcher. Quinn Slobodian y Dieter Plehwe afirman la necesidad conceptual de distinguir entre el uso de la categoría de neoliberalismo como descripción de un período histórico o una variedad del capitalismo, y un movimiento intelectual y político organizado que tiene sus raíces en la Sociedad de Mont Pelerin, exploran el conflicto de ambas versiones con la formación de un estado europeo como es la UE y la promoción abierta o encubierta de una apertura hacia la derecha que promueve el secesionismo neoliberal. Contrariamente al discurso convencional del neoliberalismo sobre el achicamiento del Estado y la contracción del gasto público, Melinda Cooper explora las incursiones de la extrema derecha europea contra la política de austeridad y halla sus antecedentes nada menos que durante el Tercer Reich: una política “más estrictamente antiliberal que anticapitalista” (p. 139).

Michel Feher pone de relieve la gravitación creciente del *crédito* como criterio determinante de éxito tanto en la economía, la política, las relaciones sociales, el desempeño individual. En la economía empresarial es la ganancia de capital no revalorizada, más que el flujo de caja operativo, lo que opera como métrica del éxito –y lo que explica que las empresas utilizan tantos recursos para ‘recomprar’ sus propias acciones” (164). “...lo que el capitalismo financiero ha engendrado en realidad son gestores de carteras que buscan créditos, preocupados principalmente por la valoración de sus activos en forma de capital material y humano” (165). Clinton, Blair, Schröder, en vez de “revivir promesas de seguridad económica o de movilidad ascendente gradual que habían sostenido el pacto social de la posguerra”, no se limitaron a hacerse eco de la promesa liberal conservadora de liberar a los contribuyentes de un Estado fiscal agobiante y de grupos de interés parasitarios. En su opinión, si los funcionarios públicos querían frenar la dependencia de sus conciudadanos del empleo y los beneficios garantizados, debían ayudarlo a ser más y mejor valorados, para atender así “a los reclutadores, encontrar patrocinadores y tranquilizar a los prestamistas” (165). Por lo tanto: descarte de los “desacreditados”. La reputación que las personas logran construir depende en gran medida de su capacidad para publicitar lo que son y lo que ofrecen (vía Facebook, X, la redes, o lo que tengan a su alcance) y dar fe de su competencia y fiabilidad. El crédito que consiguen reunir es igualmente importante para su capacidad de trabajo y de consumo. El “autoempleado” o “emprendedor” es un “gestor de activos que busca crédito” (175).

Julia Elyachar discute los significados y alcances de las variadas conceptualizaciones de *racionalidad*. Vincula la cuestión a su traducción histórico-antropológica como dicotomía tradicional/moderno u Oriente/Occidente, destaca la coexistencia de aspectos o elementos de uno y otro en un mismo momento en una misma sociedad, y señala la contradicción que existió, en este aspecto, entre los dos fundadores históricos del neoliberalismo –von Mises y Hayek–. Coincidiendo con Wendy Brown y con los señalamientos de Salzinger en el texto que sigue, Elyachar trabaja sobre las subjetividades neoliberales de género (por ejemplo, la “masculinidad blanca herida”) y su contribución a formas autoritarias de ejercicio del poder.

Leslie Salzinger enfoca el tema a través del curso de Foucault *El nacimiento de la biopolítica* y su análisis del *homo oeconomicus* y complementa la categoría abstracta con su propia experiencia antropológica del predominio de la presencia de varones en los niveles más altos de los negocios financieros y de la especulación monetaria (piénsese, agrega esta reseñadora, en la casi absoluta “masculinidad” del mundo de la especulación con cripto monedas) frente a la continuada presencia mayoritaria de mujeres en las múltiples actividades de cuidado. El capítulo señala también las mutaciones lingüísticas en que la práctica del neoliberalismo incurre con el fin de acomodar sus premisas a la persistencia de ciertos hechos: por ejemplo, la conversión retórica de los países o naciones en desarrollo, o periféricos, en “mercados emergentes”, el ocultamiento de la categoría fuerza de trabajo, de persistente resonancia clasista, bajo el rótulo de “recurso humano”, depurado de toda vinculación con las clases y sus conflictos.

Megan Moodie y Lisa Rofel critican la división público/privado del neoliberalismo, señalan la relevancia de las teorías feminista al mostrar el carácter políticamente construido de esa división e ilustran su argumento enfocando los regímenes laborales y los procesos de privatización que constituyen otros tantos pilares de las reformas neoliberales, caracterizados ambos por los sesgos de género, la falta de transparencia y la reinserción de los procesos nacionales en el sistema global. Para lectores latinoamericanos resultan de especial interés las páginas dedicadas a las experiencias de las décadas recientes en China e India. El contraste entre procesos diferenciados de “neoliberalización” es uno de los aspectos discutidos por Christopher Newfield, quien rechaza que exista una supuesta superioridad innata en la vía occidental de desarrollo capitalista. Argumenta que el modelo de la modernización de Asia Oriental no se ha basado tanto en la imitación de la revolución industrial occidental como en la “recuperación de rasgos de la revolución industrial autóctona” basada en las habilidades” (296). Citando a (Smith 331). En su criterio, los principales rasgos limitantes de la “vía occidental” son la colosal demanda de energía, la dependencia del dominio militar doméstico y externo y descalificación o sustitución de mano de obra por tecnología. El capítulo pone de relieve el papel estratégico de la educación en general y en particular de la universitaria y la relevancia real o potencial de las humanidades particularmente en una era de énfasis en los saberes tecnológicos y las disciplinas “duras”. “La función principal de la universidad es cultivar la inteligencia de las masas” (p. 300).

Étienne Balibar, cuyo capítulo cierra esta sección del libro, retoma el planteo totalizante de la introducción de los compiladores: el neoliberalismo constituye el “Capitalismo absoluto”. Todo (vida humana, costumbres, etc.) está crecientemente determinado por su relación con el mercado global financierizado. El tipo de globalización que existió desde el siglo XV con el “descubrimiento” de América –o, de acuerdo a Frank desde antes, con la ruta de la seda y la conexión comercial entre Europa y Asia– se basó en que el capital *conectaba* zonas, o partes del mundo, entre sí, no en el hecho de que las

incorporara y subsumiera bajo una única lógica. Ahora, la globalización opera “desde adentro” de las formaciones nacionales merced a la expansión avasalladora del capital financiero y al desvanecimiento creciente de las autonomías nacionales y la soberanía de los estados, cuyas políticas quedan subordinadas a la calificación y los condicionamientos de organismos financieros supraestatales. El Estado aparece cada vez más como “un intermediario entre el pueblo y unas instituciones financieras que son esencialmente transnacionales: algo totalmente destructivo de la legitimidad nacional, y sin capacidad de crear una legitimidad alternativa” (306).

A juicio de esta lectora falta en la compilación un capítulo sobre el papel de los medios de comunicación en la configuración de convicción aparentemente amplia (incluyendo a muchísimos de quienes están y aparentemente seguirán pagando los platos rotos) de que el despliegue del neoliberalismo ha sido inevitable; ausente también está la *contribución* de las regiones periféricas a la reconfiguración neoliberal del mundo, o las respuestas adaptativas, o sumisas, o reticentes, o exultantes, al “capitalismo absoluto” y lo que éste significa como metamorfosis contemporánea de un persistente jerarquización global colonial luego imperialista, ahora neoimperialista en los términos de Harvey.

Sin perjuicio de lo anterior, que debe ser leído como una provocación adicional al debate, recomiendo la atenta lectura de este libro, tanto por la calidad de su contenido y el prestigio de quienes portan a él, como por poner al alcance del público interesado varios de los cuestionamientos críticos respecto de un futuro que en muchos aspectos es ya presente y que gran parte de la práctica de las ciencias sociales y humanas no supo, tal vez no quiso, ver venir.